

EN TU CAMA O EN LA MIA

Antonia Arjona Diaz

Agradecimientos:

A mi marido por quererme y creer en mí, por hacerme sentir que todo lo puedo, y estar siempre a mi lado en cada triunfo y cada derrota. Con él no hay imposibles ni se marcan barreras. Gracias “nano”.

A mis hijas. Que son lo mejor que me ha dado la vida. A pesar de los esfuerzos y dificultades para enseñarlas a ser adultas y responsables, me siento satisfecha de mi labor como madre.

Por último a mi nieto. Ese ser pequeñito maravilloso, que nos está enseñando tanto cuando ya creíamos saberlo todo.

Gracias a la vida, por ofrecerme tantos momentos de felicidad.

Antonia Arjona Diaz

El sexo me confunde

—¿Quién eres? Me dije esta mañana cuando me miré en el espejo después de la ducha diurna. Tienes cuarenta cinco años, dos hijos y un marido que te adora, ¿qué te pasa? ¿No lo ves? Vas a la deriva, a toda velocidad, y solo tú lo puedes parar.

—Me llamo Alba y nací en una familia humilde, de una barriada de Barcelona. Soy la menor de cinco hermanos, tres chicas y dos chicos. Mis hermanas y yo cursamos sólo los estudios básicos; mis padres no podían costear la universidad de todos. Como era de esperar, sólo los varones tuvieron ese privilegio, vivíamos en un país un poco machista, aunque, poco ha cambiado a día de hoy.

Pero he de decir que la vida ha sido muy generosa conmigo: me casé a los veinte años con un chico estupendo, de una reconocida familia, abogado, como todo su linaje. Raúl es diez años mayor que yo, aunque físicamente está muy bien. Mide metro setenta, delgado pero muy fibrado, moreno con ojos verdes; vamos que está muy bien.

¿Qué fallaba? Pensaba que nada, que lo tenía todo... hasta que un día conocí a Jesús, mi monitor de gimnasia, y colocó mi vida patas arriba.

También es cierto, que yo para mi edad me mantengo muy bien, bueno, con algún retoque que otro, qué mujer con posibles no los tiene.

Pero, vayamos desgranando, llevo en ese gimnasio desde que me casé con Raúl, me lo recomendó él. «Qué ironía». He tenido muchos monitores y nunca me fijé en ninguno, estaba felizmente casada o eso creía yo.

Jesús tiene treinta años y un físico espectacular. El primer día que nos dio clase no podía dejar de mirarlo, él ni se fijó en mí. Cuando llegué a casa me metí en la ducha, dejé correr el agua por mi cuerpo, y me toqué pensando en él. Recorrí mi cuerpo con una destreza que no conocía, nunca había necesitado tocarme. «Fue mi primera vez».

Hacía ya quince días que nos daba clase el nuevo monitor y seguía sin fijarse en mí, y yo, tocándome pensando en él...

Tuve un impulso que no pude contener cuando estábamos estirando. «Ya la clase tocaba a su fin». Inventé que me había dado una rampa y Jesús corrió hacia mí con cara de preocupación. Poco a poco la clase fue quedando vacía, yo fingía que me dolía mucho, que no me podía levantar. Jesús me dijo que era fisioterapeuta además de monitor de gimnasia y que vivía muy cerca del gimnasio, que me ayudaría a llegar a su casa y allí con cremas me haría un masaje.

No salía de mi asombro, no sólo había logrado llamar su atención sino que me llevaba a su casa. «Desde luego hoy era mi día de suerte».

Vive a dos calles del gimnasio, en un estudio pequeño de dos habitaciones. Los muebles son muy sencillos, me dijo que era todo de Ikea.

—¿Me puedo dar una ducha? —habíamos dado una clase de aeróbic y la verdad, estaba bastante sudada.

—Por supuesto —me indicó donde estaba el baño. La estancia era muy pequeña, más si lo comparo con el mío que debe tener unos veinte metros cuadrados con ducha, jacuzzi, y sauna, pero a lo que vamos que me voy del tema. Salí de la ducha envuelta en un albornoz verde lima que Jesús me había dejado, olía a limpio, tenía el aroma del suavizante.

Llegué al comedor. Él me estaba esperando sentado en el sofá, me abrí el albornoz y lo deje caer al suelo, me miró de arriba abajo, con ojos de lobo y boquiabierto; imagino, que bastante sorprendido por la situación. Se acercó y dijo:

—¡Tienes un cuerpo increíble! —pegó sus labios a los míos y sin parar de besarme me cogió en brazos y me llevó a su cama.

Me tumbó con delicadeza y se echó a mi lado, no dejaba de besarme y decirme que tenía un cuerpo muy sensual. Mido metro sesenta y uno, soy rubia, dicen que bastante guapa, ojos color miel, peso cincuenta kilos, una noventa y cinco de pecho, operado, pero con un resultado bastante natural, total, que creo que todavía soy deseable. Pero sigamos. Con mucha suavidad fue recorriendo mi cuerpo con sus labios, yo me iba arqueando de placer y mi cuerpo pedía más, ¡mucho más! Entonces me penetró, con suavidad

pero con contundencia, me gustó. Por momentos con movimientos suaves otros con más energía. Dentro fuera, dentro fuera...

Mi cuerpo convulsionaba deseoso de mucho más. Giró y quedé encima de él, con su miembro ansioso dentro de mí, y ocurrió algo inesperado que nunca llegué a imaginar; me abrió los glúteos con ambas manos mientras entraba y salía de mí. Llegó mi primer orgasmo. El placer era sublime, y deseaba poder parar el tiempo hasta que mi cuerpo dijera ¡basta!.

Debo admitir que, en casi veinticinco años de casada mi marido jamás me había hecho algo parecido: él es bastante tradicional en lo que al sexo se refiere.

Volvamos a los hechos. Me besaba mientras me penetraba cada vez con más violencia, aquella forma de amar me era totalmente desconocida; ahí descubrí que el sexo con mi marido era muy light.

De pronto, noto su dedo en la entrada de mi culo: esa cueva nunca la ha explorado nada ni nadie, «mi marido jamás ha intentado entrar». Empecé a tener palpitaciones en el ano y un deseo incontrolado que me penetrara por ahí. Aunque, desconocía si eso me iba a gustar o por el contrario me dolería y sería desagradable. Pero, no iba a ser hoy el día que resolviese la duda.

Volví a tener otro orgasmo; hasta hoy pensaba que no me gustaba mucho el sexo, que podía pasar sin él, pero aquí, en esta cama, con Jesús haciéndome sentir la mujer más deseada

del mundo, me he dado cuenta que el problema es que Raúl, mi marido, es muy básico en la cama cuando me hace el amor. Aunque, con Jesús no estaba haciendo el amor, estaba follando y era increíble.

Cuando se corrió, yo estaba completamente exhausta; nunca pensé que se podía sentir tanto placer en una relación sexual. Y, para colmo, que fuera fruto de una infidelidad.

Me levanté corriendo, recogí toda mi ropa y le dije:

—¡Esto no volverá a pasar nunca más! De hecho, no tenía que haber pasado. Di un portazo y bajé corriendo a la calle, él decía algo, pero estaba tan avergonzada que no podía escuchar.

Cuando llegué a casa, afortunadamente mi marido no había llegado. Me metí en la ducha intentando lavar mi culpa, «la culpa es imposible lavarla». Me dejé caer de rodillas en la ducha y la cara se me inundó de lágrimas.

De repente, siento una inmensa necesidad de hacer una retrospectiva de mi vida.

Conducía mi Citroën visa, un coche de aquellos años bastante normalito que todavía estaba pagando. Y, tuve que frenar de golpe en un paso de cebra porque un niño salió a la carrera. Raúl conducía su BMW 528; iba a bastante velocidad y no pudo detenerlo a tiempo. Impactó fuertemente por detrás con mi coche. El dolor era insoportable, notaba que algo dentro de mí se había roto. Bajó corriendo de su coche y me sacó en brazos, me preguntó si me encontraba bien que lo sentía mucho que iba a un juicio muy

importante que era el abogado y que llegaba tarde. Hablaba muy rápido, estaba fuera de sí.

–Me duele mucho el pecho –pude decir con un hilo de voz.

–Tranquila, yo me ocupo de todo.

Me dejó sentada en la acera, con una pareja que paseaba por allí y al ver lo ocurrido pararon por si podían ayudar. Me entregó su carnet de conducir para que no creyera que se fugaba, hizo una llamada, me besó en la frente y se fue.

La ambulancia no tardó en llegar pero, el dolor era tan horrible que me pareció una eternidad. Me llevaron a una clínica privada de Barcelona. Debe haber un error dije yo. «Esa clínica no pertenecía a la seguridad social». Me contestaron que no me preocupara, que el señor Andreu les había dado claras instrucciones a seguir. Sabía que se referían a Raúl, había leído sus datos en el carnet de conducir que me había dejado.

Me hicieron todo tipo de pruebas y el diagnóstico fue; fuerte contusión y tres costillas rotas. Quedé ingresada y estábamos en julio (el verano tirado por la borda), pensé.

A las cinco de la tarde llegó Raúl, «con el ramo de flores más grande que había visto en mi vida». Vestía pantalón de lino beige, camisa azul pastel y unos náuticos. Me quedé boquiabierta. Estaba tan bueno y era tan guapo que, por un momento, olvidé que por culpa de él me encontraba en aquella cama.

Se acercó a mí, yo seguí acostada, no me podía mover sin ayuda. Me besó en la frente otra

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

